

Cooper estaba siempre en guerra consigo mismo. Sus afiliaciones y su consciencia estaban de punta. Era demasiado partidista para entrar en componendas, y demasiado probo y sensible de consciencia para contentarse con meras apariencias.

Amaba el mundo que iba desapareciendo, y no quería que al descartar el calzón corto se descartasen con él las virtudes de quienes lo llevaron; quería conservar las cosas buenas de antaño para enriquecer y ennoblecer las cosas buenas de hoy, y que la joven democracia aprendiera el decoro de la grave aristocracia que pasaba.

Él era como un caballero provinciano inglés de la vieja escuela convertido en republicano a quien no le gustaban sus compañeros. Tanto lo confundía la nivelación altanera de la democracia agreste de la raya como el espíritu explotador de los *whigs* de la calle Wall. Burlábase de muchas de las innovaciones que surgían, pero era demasiado republicano y se interesaba demasiado en el éxito del republicanismo para no esforzarse seriamente en corregir los defectos del sistema. Quería que el republicanismo permaneciera tan fiel a sus ideales, que el mundo se viese obligado a reconocer su excelencia. No podía limitar sus actividades a celebrar triunfos electorales y gritar vivas con la muchedumbre: creía